

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La Primavera y la Niña, poesia, por don E. Llofriu y Sagrera.—Leyendas Bíblicas: Rahab, por doña Micaela de Silva.—Las Auras, poesia, por doña Narcisa P. Rehoyo y Soto.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—La verdadera belleza, por don Pedro Maria Barrera.—La Niña y el Gato, por doña Camila Avilés.—Variedades, por C.—LAMINAS: Tejido de crochet.—La Niña y el Gato.

EDUCACION É INSTRUCCION.

INDOLENCIA.



IN querer establecer una teoría abstracta, nos será permitido hacer notar una cosa, que cualquier persona, con un poco de atencion, es capaz de comprender, y es que, nuestro espíritu no está siempre en la misma disposicion moral ó intelectual. Y no nos referimos con esto á las ocasiones accidentales que transforman ó modifican la manera de sentir ó de pensar, como una enfermedad, una desgracia imprevista, un cambio brusco de situacion, sino solamente del estado normal, del carácter y de los hábitos regulares del espíritu.

Esencialmente activo éste, en ciertos casos, parece que no hace uso de su fuerza para impulsar sus movimientos; parece entonces experimentar mas bien una impresion que querer obrar. Aunque no sea jamás completamente pasivo, lo es comparativamente á otras circunstancias en que se despliega su actividad. Démos algunos ejemplos y se deducirán las conclusiones.

La resignacion es una cualidad que permanece interior y como concentrada en sí misma, por lo que puede considerarse una cualidad pasiva.

El celo es una cualidad que se escapa de las profundidades del alma, y atendiendo solo á los impulsos exteriores se lanza delante de ellos. Es evidentemente una de las cualidades activas, que actividad, y grande, despliega toda persona que tiene celo por alguna cosa, como la joven que le tiene por la aplicacion.

El egoismo, defecto funesto que se encierra en

2.^a ÉPOCA.

el alma, la corroe interiormente, la concentra en un yo odioso, y no obra mas que por una especie de repulsion contra toda idea generosa, es un defecto que podemos nombrar pasivo.

La coquetería, que busca evidentemente los medios exteriores mas frívolos, que tiende siempre á hacer salir de la reserva y de la prudencia, cualidades interiores y pasivas, es necesariamente uno de los defectos activos.

Todas las cualidades, todos los defectos, se colocan indudablemente, con algunas pequeñas variaciones, bajo el uno ó el otro de ambos caracteres.

El egoismo puede salir de su letargo para producir un mal exterior; la resignacion, colocada en medio de una persecucion que asedie, puede brillar con el signo activo del valor. Pero no es menos incontestable que, entre las cualidades, las unas son todo movimiento, todo accion, y las otras tienen la virtud de resistir mas que la de obrar, el carácter del sentimiento mas bien que el de la fuerza; así las unas son especialmente activas, y las otras especialmente pasivas, sin que esta última calificacion espresen ninguna censura. Resisten al mal, y por lo mismo hacen el bien. Entre los defectos los hay que producen daño activamente, como el aturdimiento y la indiscrecion; y que resisten al bien pasivamente como la desconfianza y la pereza. Nada justifica estas últimas, porque resistir al bien es hacer el mal.

Toda cualidad activa tiene en contraposicion un defecto pasivo, mientras que todo defecto activo tiene por el contrario una cualidad pasiva; así que, estimular y calmar, son los dos grandes, importantes y únicos medios de la educacion; porque estimulando un defecto pasivo, la pereza, por ejemplo, despertamos en contrario, el celo, cualidad activa; y el celo, tenido con exceso, se transforma en un defecto activo, la exageracion, que tiene necesidad de ser calmada. Calmando un defecto activo como el charlatanismo, se produce la cualidad pasiva del silencio, que es su contrario; y el objeto de esta cualidad que vie-

ne á ser la taciturnidad, de efecto pasivo, reclama un estimulante.

Hemos creído oportunas estas consideraciones, para que vean nuestras jóvenes lectoras cuánto tienen que poner de su parte para corregir aún la menor falta en la educación, y de cuánta instrucción necesitan para conducirse con el acierto y la oportunidad que les conviene siempre y que la sociedad exige de la joven.

La indolencia, que es el objeto de este artículo, es un defecto que nos hace que no nos tomemos la pena de valer lo que podríamos valer realmente. La joven indolente parece estar pronta á ceder bajo el peso mas ligero. Obrar, aunque sea débilmente, la fatiga y la importuna; si se decide al fin, la lentitud de su marcha, la languidez de su mirada, el dejarse llevar de su continente, indican bastante el esfuerzo sobrenatural que hace. Vive en una insociabilidad completa ó en un disgusto penoso. La sensibilidad es incompatible con la indolencia, y al indolente no le hacen mella los elogios ni la crítica. Se parece á una persona que se despertase cargada de ligaduras débiles y multiplicadas, y que, no sabiendo hallar la fuerza de romperlas, volviese á sumirse en el sueño.

Si alguna de nuestras lectoras tiene la desgracia de ser indolente, se hará repetir por su madre las mismas palabras antes de decidirse á obedecer; y no es porque sea indócil, sino que las impresiones no las recibe vivas y directas, y sí con distracción ó indiferencia. Su dejadez basta para darle un aire de desobediencia que está lejos de su pensamiento.

Resulta de esto que hace las cosas inoportunamente, y en la mayor parte de los actos de la vida, su valor está en la oportunidad de su ejecución. La madre, ocupada un momento, exhorta á su hija á levantarse de su asiento para atender de cerca á un niño cuya vivacidad de juegos le espone á una caída: la indolente no rehusa obedecer, mas no se apresura, porque nada le parece urgente. Se levanta al fin, marcha lentamente, y antes que haya andado una corta distancia, larga para ella, el niño ha caído y se levanta con la cabeza rota y la cara ensangrentada.

Como este ejemplo podíamos presentar muchos.

La indolente puede tener dichas facultades y favorables resultados en sus estudios, y para la adquisición de conocimientos carecer de ese alejamiento pronunciado que caracteriza la pereza; puede tener un juicio sano, y siempre que quiera tomarse la pena razonar juiciosamente, mas le falta la voluntad, porque ninguna fuerza vivifica á las otras facultades, y se asemejará á una persona idiota, porque no halla el valor de servirse de los medios que posee.

La indolencia puede nacer de causas diversas; la mas frecuente es el temperamento. Para este defecto, como para todos los otros, la observación descu-

bre frecuentemente un primer germen en la constitución física, mas la educación puede corregir esta disposición natural.

La indolencia puede resultar tambien de costumbres adquiridas en la primera infancia, de un poco de debilidad de parte de los padres, y de dejarse llevar de las primeras tentaciones de este defecto, si no se ha procurado dirigirle á tiempo con avisos saludables, pero aun puede repararse el mal; á la educación no le faltan medios, contando, por supuesto, con una predisposición favorable por parte de la joven indolente que, no puede menos de comprender el daño que se hace á sí misma y hace á los demás.

A. PIRALA.

LA PRIMAVERA Y LA NIÑA.

LA PRIMAVERA.

Entre purpúreas nubes
Con blando vuelo,
Coronada de flores
Salí del cielo.

Niña inocente,
Aquí traigo yo rosas
Para tu frente.

LA NIÑA.

Dáme, reina del prado,
Dáme esas flores;
Quiero adornar mi frente
Con sus colores,
Y en mí alegría
Ofrecértelas todas,
Virgen María.

Llegó la Primavera presurosa
de la niña la frente acariciando;
Dióla un beso de amor, y huyó dejando
En su seno infantil eterna rosa.

—Toma, dijo, y aspira de su esencia
El purísimo don que Dios te envía;
Yo me llevo las otras, alma mía,
Y te dejo.... la flor de la Inocencia.

E. LLOFRIU Y SAGRERA.



LEYENDAS BÍBLICAS.

RAHAB.

Las huestes de Israel, acaudilladas por el insigne Josué, acamparon algunos días en la ribera del Jordan, enfrente de los Reales; mas allá del río alzabase la murada Ciudad de las Palmas. El hijo de Nun aprestábase á tomarla por asalto, y dispuso que dos hombres de toda su confianza partiesen disfrazados á examinar las entradas y salidas de la plaza, ó ciudadela, que por otro nombre fué llamada Jericó.

A riesgo de morir como espías, cumplieron los exploradores tan arriesgada comision, y ya se disponian á salir de la ciudad para dirigirse á los Reales de Josué, cuando advertido el Rey de Jericó, mandó á sus esbirros que los buscáran y prendieran. Viéndose perseguidos torcieron cautelosamente una esquina de la muralla, y entráronse de rondon en la primera casa que hallaron abierta.

Era la de una mujer no menos celebrada por su hermosura, gentileza y discrecion, que lo fué (mas adelante) Magdalena, en Jerusalem: como ésta, pasaba por mujer de livianas costumbres, y como Magdalena, tambien poseía un corazon amante, compasivo, y generoso en extremo.

Al oir los pasos de aquellos intrusos, sobresaltóse la jóven cortesana, y salió de su cuarto á la escalera, preguntándoles quiénes eran, y qué buscaban en su casa.

Oida la capciosa respuesta que la dieron, examinólos de piés á cabeza con una mirada viva y penetrante, y exclamó:—Presumo que os hallais en grave riesgo. La Ciudad está consternada; el pánico reina en este país á causa de las gentes que le han invadido; si os toman por espías, sois hombres muertos.

—¿Y solo por una sospecha consentirás en qué muramos? preguntóla el mas viejo, mientras el jóven la dirijia una mirada tan tierna y suplicante, que hubiera podido ablandar el corazon mas duro; y ya sabemos que no lo era el de aquella mujer.

La hija de Jericó sintióse conmovida, y dijo:—Si es necesario espondré mi vida por salvaros.

Diciéndolo estaba cuando sonaron á la puerta voces y golpes.—¡Subid! exclamó la jóven conteniendo la voz, y entrándolos en una pieza oscura, llena de haces de lino, ocultáronse allí de modo que no podian ser vistos.

Entretanto su protectora bajó á la puerta de la calle, y á las preguntas de los esbirros contestó que dos hombres, cuya procedencia ignoraba, se habian

entrado en su portal, y á ruego suyo marchádose de allí en direccion á la puerta del Jordan, que así llamaban á la que daba enfrente de la ribera.

Los engañados esbirros partieron rápidamente á buscar los fugitivos por el camino indicado; antes de anoecer se cerraron las puertas de la ciudad, y aquellos hombres quedaron fuera.

Los hijos de Israel no sabian cómo espresar su agradecimiento á la que les habia salvado, ésta les dijo:—Sabemos por oidas los prodigios que ha obrado el Dios de vuestros padres; ha llegado hasta nosotros la fama de Moisés. No ignoro que vuestros mayores atravesaron á pié enjuto el Mar Rojo, que maravillosamente os habeis alimentado y crecido en el desierto. Conozco las antiguas tradiciones, y considero la resistencia inútil; os guia y precede una columna de fuego resplandeciente, y eso me prueba que obedecéis á un Dios que domina en los cielos y en la tierra.

En cuanto á vosotros, añadió sonriendo, á no haber sido por mí, lo habríais pasado mal. Os he visto gallardos y resueltos; mi corazon es naturalmente compasivo, y antes he querido esponer mi vida, que sacrificar la vuestra.

—¡Oh, gracias, hermosa jóven! exclamó el de menos edad con apasionada espresion, dínos tu nombre, y quedará grabado en nuestros corazones.

—Me llamo Rahab, contestó la hermosa cuya frente se cubrió de rubor.

—Rahab! repitió el israelita con meloso acento. ¡Bendito sea tu dulce nombre! mi existencia daria por recompensarte del bien que de tí hemos recibido.

—Podeis recompensarle, repuso la jóven con viveza; si vuestro caudillo se apodera de la plaza (como es de temer para cuantos vivimos en ella) pedidle por la mujer que os ha libertado de la prision y de la muerte: juradme que así lo hareis. ¿Me lo juras? añadió fijando una mirada suplicante y cariñosa en el rostro del jóven israelita.

—¡Te lo juramos! prorumpieron ambos á la vez; responderémos de tu vida con la nuestra.

—No es mi vida lo que mas importa, repuso la jóven con tiernísima espresion, es la de mis padres, la de mis hermanos y parientes; si éstos no se han de salvar conmigo, preferiré morir con ellos!

—No morirás! exclamó el grave israelita en tono que parecia tener algo de profético; alcanzarás en recompensa de tu misericordia la del Dios de nuestros padres; tus ojos verán la luz de la verdad, y tu nombre será bendecido en Israel.

—¡Oh, sí, añadió el mancebo con entusiasmo, será bendecido el nombre de Rahab!

Cerró la noche, apagáronse una tras otra las luces que brillaban al través de los postigos, y cuando todo era silencio y oscuridad, cogió Rahab una escala de cuerda, y abriendo la ventana que caia enci-

ma del muro exterior, dijo á sus huéspedes: —Ya es hora de que partais; descolgáos al muro, y desde allí al campo libre; acogéos á las montañas, no sea que os encuentren los que os buscan hácia la ribera. ¡Es cosa estraña! murmuró con voz temblorosa; sois extranjeros: hace pocas horas.... no os conocia.... y sin embargo, la idea de vuestro peligro me hace temblar como si fuérais mis propios hermanos.

Si la luz del sol hubiera iluminado aquella escena, los parleros ojos del israelita hubieran reconvenido á la hija de Jericó diciéndola: —Tú ya no eres extranjera para el hijo de mi madre, de hoy mas nuestras dos almas quedarán unidas para siempre, y como la oscuridad imponia silencio á los ojos, fueron los labios quienes dijeron. —Rahab, toma esta faja de seda escarlata, guárdala en memoria de Salmon, ese es mi nombre, y por él te juro fidelidad. Si oyes ecos de guerra, no tardes en reunir á tu familia; coloca esa faja de modo que la veamos flotar en tu ventana. A nombre del generoso caudillo de Israel, te juro que sus tribus respetarán la casa que para nosotros ha sido lugar de refugio.

Dicho esto, con ayuda de Rahab, descendieron por la escala uno tras otro, y á las pocas horas quedaron al abrigo de las montañas.

Cuando volvieron al campamento, Salmon, de la Tribu de Judá, contó á Josué cuanto habia prometido á Rahab, y el jefe ordenó á los centuriones de las doce Tribus que hicieran saber á todos los hijos de Israel como estaba su honor comprometido, y la obligación que les imponia de respetar la casa de Jericó, que se hallaba contigua á la muralla de la parte del rio, y en cuyas ventanas verian flotar, como señal de alianza, una banda roja, que los israelitas habian dejado en prenda de fidelidad.

Aquella misma noche los heraldos repetian á lo largo del campamento de Israel: —Cuando veais alzarse la nube que rodea el Tabernáculo, levantaos y seguidla.»

El Arca Santa fué llevada en hombros de los sacerdotes levitas; detuviéronse al llegar junto al rio, y vieron todos con asombro dividirse las aguas, aglomerándose las unas, de modo que á lo lejos parecian montañas, y corriendo las otras á precipitarse dentro del Mar Muerto: el Arca Santa paróse luego en mitad del rio, y allí permaneció hasta que pasaron todos cuantos habian de entrar en la tierra de Promision sin mojarse ni aun la planta de los piés. Esto hizo el Señor para glorificar á Josué, como habia glorificado á su antecesor Moisés.

Millares de combatientes rodearon por espacio de seis dias las murallas de Jericó; al séptimo resonaron repetidas veces las trompetas de plata que servian para el jubileo, á sus ecos argentinos mezcláronse roncás voces y alaridos espantosos: los muros cayeron derrumbados; cada guerrero entró por la bre-

cha que halló mas cercana, y recorrió la costernada villa sembrando el fuego, la desolacion y el espanto. Mas ninguno se atrevió á traspasar los umbrales de Rahab, protegidos por la flotante bandera escarlata.

La compasiva mujer habia reunido en su casa no solo á sus padres y hermanos, sino á cuantos pudo salvar, y es fama que ni á sus enemigos personales rechazó; antes al verlos pasar huyendo de la muerte, abrióles su puerta, y llamóles como si fueran hijos suyos, brindándoles asilo, y curando sus heridas.

Su caridad obtuvo una dulce recompensa; todos cuantos se habian refugiado con ella quedaron libres para emigrar, ó permanecer bajo el amparo de Josué.

Salmon, no contento con haberla cumplido su palabra, tomó á su cargo el hacerla feliz, casándose con ella, de cuyo matrimonio nació Booz, que fué marido de la simpática espigandera Ruth, y abuelo de David.

La mayor gloria de Rahab fué la de ser una de las progenitoras del Mesías. El nombre de Rahab se halla escrito en la genealogia del Rey de los Reyes y Salvador del mundo.

La historia de Rahab nos dá un ejemplo de lo mucho que honra el Señor á las almas compasivas. Su justicia es inflexible para castigar á los soberbios y duros de corazon. En cuanto á los débiles y propensos á la caridad y el amor del prójimo, por ellos se ha dicho: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

MICAELA DE SILVA.

LAS AURAS.

¿Qué son esas auras que leves volando

En torno á las flores con mágico són

Inundan el pecho cual balsamo blando,

Y arullan el alma con dulce ilusion!

Son almas de niños que vuelan al cielo

Despues de una vida tranquila y fugaz,

Y legan al hombre celeste consuelo

Dejando en las flores su beso de paz.

NARCISA P. REHOYO Y SOTO.

Coruña, Abril de 1865.



LABORES.

Un modelo mas de tejido en lana ejecutado con aguja de *crochet*, va hoy á enriquecer la galeria de muestras de tejidos, que ya poséen nuestras lectoras, galeria que con igual celo y constancia que hasta aquí procuraremos siempre aumentar, con cuantas novedades inventen el arte y gusto modernos.

Este modelo se ejecuta á *crochet*, con estambre de dos colores, que se cambiará á cada vuelta, y aguja da madera ó marfil. Supongamos que los colores en que vamos á reproducirla son azul y blanco, y deberemos proceder de esta manera.

Con estambre azul se ejecuta una cadeneta del ancho que se quiere dar á la tira, porque esta labor, como casi todas las de este género, se ejecuta á tiras, para formar portieres, alfombras, edredones, etc.

1.^a Vuelta.—Se pasa la aguja en el segundo punto de la cadeneta, á contar desde la aguja, y se saca un punto, que se conserva en la aguja; se saca otro punto por los dos que la aguja tiene, se pasa esta por el punto siguiente de la cadeneta primera y se repite lo mismo, continuando así hasta el fin de la vuelta.

2.^a—Se vuelve la labor del otro lado y se pasa el *crochet* por la parte posterior del primer punto, repitiendo lo mismo que en la vuelta anterior, con la sola diferencia de tomar los puntos por la hebra de atrás: esta vuelta se hace con estambre blanco, y alternando el color á cada una, se repite esta segunda siempre hasta terminar la labor, que como observarán nuestras lectoras no puede ser de ejecucion mas fácil ni aplicacion mas útil.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



Tejido de *crochet*.

LA VERDADERA BELLEZA.

I.

Angela y Soledad eran hermanas.

El mundo habia convenido en llamar á Angela hermosa, y los espejos en hacerla ver que el mundo tenia razon.

Soledad era de pequeña estatura, de tez egipcia, de ojos azules sumamente claros, de boca un tanto rasgada, y de cintura tan gruesa, que no merecia nombre de tal. Abreviando: era lo que se llama una mujer fea.

La frase mas halagüena que recordaba haberle consagrado el mundo, y por cierto valiéndose de un joven tan bien parecido como mala cabeza, era la siguiente.—Tiene Vd. un talento envidiable.

—Tiene Vd. talento! Esta es la mayor injuria que puede hacerse á la mujer. Desgraciada de la que oye semejante galanteria. Tanto valdria decirle sus cualidades físicas, su parte visible de Vd. es indigna de que nos ocupemos de ella: por

eso recurro á lo problemático, á lo ignorado, á lo que no se vé.

Prescindir á los quince y veinte años del afán de ser admirada es imposible de todo punto: el cabello, los ojos, la boca, las mejillas, el cuello, la cintura de una joven, son otros tántalos ansiosos de palabras dulces, que contengan la esencia de la admiracion.

Angela escuchaba á cada momento, por todas partes, frases de fuego y suspiros de amor.

Si habia robado tantos corazones como le juraban un dia y otro y siempre los despojados, bien pudiera tejer con ellos una alfombra para cubrir todo el camino de su vida.

A Angela nunca le habian dicho: Tiene Vd. talento.

Y sin embargo, tenia mas que Soledad.

En la casa, en las reuniones, en los paseos, en todas partes y á todas horas sonreia todo á Angela, haciendo á Soledad, cuando se dignaba mirarla, una mueca burlona y horrible.

Angela era una cabeza bien organizada: Soledad un corazon bien templado.

Pero Angela no habia cumplido aun los veinte años.

Soledad acababa de pasar los diez y ocho, y, como la flor indica la falta del fruto que ha de matarla, Angela gozaba mucho y Soledad sufría sin cesar.

II.

Una noche, á la salida de un baile, se les aproximó una mujer cubierta de harapos, desgredada, pálida, demacrada, encorvada bajo el horrible peso del dolor.

Parecia vieja, muy vieja.

No habia cumplido todavía los diez y nueve años.

—Señoritas! balbuceó, una limosna por amor de Dios.

—Aparta! dijo Angela que prestaba atencion á un alnivariado jóven que la llamaba *hermosa, hechicera, angelical, divina!*

—Dios la ampare, hermana, exclamó con dulzura Soledad, que no llevaba dinero y que iba cogida del brazo de su madre, señora medio ciega y medio sorda.

—Señoritas, añadió la miserable, siguiéndolas; hace cuarenta y ocho horas que no tengo ni un pedazo de pan que llevar á la boca. Señorito! Señoritas, me estoy muriendo de hambre.

—Largo! gritó el pisaverde, esta no es hora de pedir limosna.

—Estas gentes no pueden dejar de ser importunas. Qué pesadez! añadió Angela.

—Y es el caso, dijo el jóven, que por todas partes no encuentra uno otra cosa en mas abundancia que estos vagos vividores que explotan nuestros buenos sentimientos.

—Son unos miserables holgazanes! Y continuaron su interrumpida estólida conversacion.

Soledad entretanto poniendo la boca junto al oido de su madre, le habia preguntado: teneis una moneda, madre mia!

La madre sacó del bolsillo de su vestido una peseta, que entregó á Soledad, diciendo: Es un cuarto?

Soledad dió la peseta á la pobre. —Ya teneis para pan, la dijo, y respondiendo á su madre, añadió: Son cuatro rea'es.

La mendiga se retiró gritando. —Bendita de Dios seáis, hermosísima señorita! Bendita una y mil veces!

Habia equivocado la palabra: aquel ángel de la caridad no era hermoso; era mucho más.

La madre sintió dolor y alegría á un tiempo: dolor porque aquella limosna era superior á las que sus recursos le permitian hacer: alegría porque su corazon de madre adivinaba la belleza del de su hija, que acababa de ser bendecida por unos labios consagrados por el martirio de la necesidad.

Aquella noche el sueño sorprendió á las dos hermanas con una sonrisa en la boca: la de Angela era la impura escoria de la vanidad satisfecha: la de Soledad la blanca espuma de la oracion.

Habia rezado por los indigentes y necesitados.

III.

Pasaron veinte años.

Veinte años es mucho para la vida de una persona, y un punto imperceptible, una cantidad que no tiene medida, para la vida del tiempo.

En ese punto imperceptible; en ese momento, Angela habia dejado de ser Angela.

El mundo no la miraba ya, y si ella se miraba en el espejo, el espejo que, ó es el primer adulator del mundo, ó el que dice la verdad con mas desnudez, respondia á aquellas miradas interrogadoras.

—Pasó tu primavera: se marchitaron tus flores.

Ni en tu frente hay tersura, ni fuego en tus ojos, ni rosas en tus mejillas, ni carmin en tus labios.

Ya no es tu cabellera negra como las sombras, ni tu pecho el incitante monton de apretada nieve.

Las formas han muerto; eres un esqueleto.

Angela se desesperaba: pasaba del espejo al corazon aquella mirada, y solo veia una tumba con esta inscripcion:

Aquí yacen el sentimiento y el deber.

Soledad se habia casado con un jóven de poca fortuna, pero de muchos ánimos y trabajador.

No tenian para gozar de todo lo que ofrece el mundo; pero no necesitaban nada de lo indispensable. Eran felices.

Dios, que dá los placeres mas puros y mas verdaderos, lo mismo al rico que al pobre, y á veces mas al pobre que al rico, porque los goces que vienen del cielo son la paloma del Arca que, para no volver á ella sin el ramo de oliva, necesita hallar donde posarse, y cuanto mas en el centro de lo mundano estemos, mas difícil es tener un lugar en el pecho para esa santa paloma; Dios, repetimos, les daba de balde lo que el mundo no podria brindarles por el conjunto de todas las riquezas.

Tenian dos hijos.

Dos hijos que eran el eterno cuidado de su padre y la ocupacion eterna de su madre.

El hombre que calcula y trabaja para ganar el sustento y asegurar el porvenir de sus hijos, y la madre que cose, lo mismo á la luz del sol que á la de una lámpara, que reduce su sueño por vigilar el del niño que está en la cuna, al par que reza para que aquel ángel no deje de serlo cuando se revista de las formas del hombre; esos dos corazones que lanzan un mismo latido, que sienten iguales temores é idénticas alegrías, solo esos saben hasta qué punto puede gozarse en la tierra.

Si, cuando cogidos de una mano marido y mujer, pasan, sin darse cuenta de ello, el tiempo, contemplando el lecho cándido en que duerme el hijo de sus entrañas, pudiérais detener en el papel ó en el lienzo, con las palabras ó los pinceles, la irradiacion de aquellos rostros, y del mas leve y sencillo movimiento de aquellos cuerpos, habriais hecho inmortal vuestro nombre, porque habriais encerrado en vuestro trabajo el mas grande de los poemas: el poema del mas desinteresado amor.

Hemos dicho que Soledad era el ángel de la caridad.

Los ángeles siempre despiden luz, como las flores aroma.

Soledad no tenia ya á su madre á quien pedir para los pobres, pero tenia á su marido que la daba lo que ganaba, sin necesidad de que se lo pidiera; no iba á los bailes en cuya salida podia encontrarse á un pobre, pero llevaba de la mano á sus hijos á la puerta de su casa, y allí les entregaba una moneda ó un pedazo de pan, que ellos daban á los desgraciados diciéndoles: —Tomen Vds., hermanitos.

Algunas veces, cuando pensaba en su pasado, solia preguntarse: —¿Cómo era posible que pasara verdaderos dolores, cuando notaba que ningun jóven me dirigia esas palabras superficiales que jamás se refieren al alma?

Y se echaba á reir.

Angela no se habia casado.

Pero habia pasado para ambas hermanas la flor y llegado la época del fruto.

Es decir, el talento de Angela la hablaba con toda su fuerza, como el corazon de Soledad se deshacia en beneficios dejándose ver en toda su plenitud.

Recordaba aquella las infinitas veces que la habian llamado hermosa, hechicera, angelical, divina.

Y pensaba y repetia. —Todo esto es humo, humo y solo humo. Humo que formaba nube alrededor de mi cuerpo, por lo que le engalané con esmero. Nadie me tocaba en el alma y la olvidé. Qué desgraciada soy!...

Efectivamente, llegar á comprender el bien y ser impotente para darlo ni recibirlo, debe hacer germi-

nar en el corazon algo parecido á un soplo del infierno.

IV.

Pasaron otros diez años.

Angela y Soledad murieron y fueron enterradas, una al lado de otra, en el panteon de familia en donde descansaban sus padres.

Soledad dejó al mundo bendiciendo y siendo bendecida de su marido y de sus hijos,

Aquella casa quedó como el nido que abandonan los pájaros.

Cuando los niños, vestidos de negro, salian á la puerta á dar limosnas, los pobres, sin preguntar nada, porque todo lo comprendian, rezaban derramando lágrimas.

Con frecuencia se veian en el cementerio personas, por lo regular cubiertas de harapos, delante de una lápida en que se leia esta sola palabra: *Soledad*.

El guarda de aquella grandiosa morada, que sirve de umbral al cielo, habia notado esta especie de fúnebre romeria. Contaba á todo el que queria escucharle lo que sabia sobre el particular, y de la tumba cercana, que pertenecia á la misma familia, solo decia, que en uno de esos dias en que la miseria humana se atreve á profanar el templo de la muerte, cercando los sepulcros de luces, flores y lágrimas, que son una horrible mentira en su mayor parte, habia sorprendido á unos caballeros las siguientes frases.

—Calla! esta es aquella coquetuela que conocimos el año 18...

—Recuerdo que era tan superficial como hermosa.

—Hermosísima fué! pero muy tonta.

—Empecé su conquista y la dí de lado, porque la adivinaba demasiado fácil.

—Debió acabar mal esa mujer.

V.

Escribamos algunas líneas mas, y hemos concluido.

Las mujeres, por lo regular, ambicionan cuando son jóvenes ser tambien hermosas.

Pensando en la hermosura suelen olvidar la belleza.

¿Es qué ignoran que ser hermosa implica una cuestion convencional; que tanto lo es la Vénus griega como la Vénus hotentote, aunque las separa un abismo, y que lo que entre nosotros es la mas sublime espresion de la hermosura, supone en otros paises la extrema fealdad?

¿Es qué ignoran que la belleza, por el contrario, es única en todas partes, porque es el principio, la

causa, el verbo, lo infinito; porque es un rayo de Dios que se refleja en el sér volviendo á su origen y que, como éste, eterno, no admite fusion con nada que no lo sea?

Acaso el error estriba en una cuestion de pura óptica.

¡Felices las que, como Soledad, ponen en movimiento los corazones, aunque no hayan sabido imprimirse á una sola boca!

PEDRO MARIA BARRERA.

LA NIÑA Y EL GATO.

Una niña estaba paseando en el jardín; á la puerta se asomaba un gatito muy mono.

—¡Minino! dijo la niña con voz suave y zalamera. Ven acá, Minino.

El gato se acercó á la niña, saltó encima de su regazo, y mientras ella le acariciaba, él hacia: Roumg, roumg, roumg, lo cual era como decir: Estoy muy contento, te quiero mucho.

Ver dichosos á los seres que nos rodean y contribuir á su dicha, es un gran placer, aunque se trate de un pobre animalito.

El corazón goza cuando se siente amado. Hé aquí por qué la niña sentía un vivo placer en que la quisiera el minino. Habrá quien se ría de esta puerilidad, sin embargo, el que no agradece su cariño á un pobre animal, difícilmente será muy sensible al de las criaturas racionales.

Pero, la niña creció, y por desgracia suya, se hizo mala. Tenía la maligna complacencia de hacer rabiar á los demás.

Un día la emprendió con el gato y le tiró de la cola.

El minino lo llevó muy á mal, y en lugar de hacer roumg, roumg, hizo uff, y la pegó un zarpazo que á poco la deja tuerta.

Esto destruyó su amistad; la niña cobró miedo á las uñas del gato, y éste apenas la veía llegar hacia uff... y se metía corriendo debajo de un armario.

La pobre criatura se aburría porque no hallaba con quién jugar.

Entonces la mamá, que hacia labor sentada delante de un velador, llamó al gato, que obediente subió á la mesa.

—Mira, dijo la mamá á la niña: si no hubieras escarmentado á este pobre animal siempre hubiera venido á jugar contigo.

Los que son malos, ni pueden confiar en sus amigos, ni estos pueden amarlos.

CAMILA AVILÉS.

VARIEDADES.

La obesidad perjudica á la fuerza, aumentando el peso de la masa que hay que mover sin aumentar la potencia motriz.

La obesidad perjudica á la belleza, destruyendo la armonía de las proporciones naturales del cuerpo humano, en razón de que no todas sus partes aumentan igualmente.

La obesidad perjudica á la salud, porque produce incapacidad para los ejercicios de agilidad y destreza, limita los medios de defensa, y predispone á ciertas

enfermedades, como la apoplejía, la hidropesía, la sofocación, etc.

Contra estos tres inconvenientes de la obesidad hay tres virtudes: *el trabajo, la frugalidad*, y principalmente la *caridad*, que nos llevará á no gozar lo supérfluo, mientras tantos infelices carecen de lo necesario.

G.



Por lo no firmado

El Directory Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.